
América Latina en los ochenta, los proyectos políticos posibles

Gabriel Gaspar Tapia

¿Cuáles son los principales proyectos que se enfrentan hoy en la región?

Tal interrogante constituye la columna vertebral de estas reflexiones. Nuestro propósito se centra en aportar elementos que contribuyan a una mayor explicitación de los conflictos políticos que atraviesan hoy en día a la región.

Dos advertencias se imponen de inmediato ante la última aseveración.

En primer lugar, advertir que cualquier intento de generalización en una región como la nuestra, tan rica en matices, necesariamente comete injusticias, aunque lo anterior es un riesgo inevitable para quien se propone intentar una visión globalizante que trascienda los acontecimientos locales. En segundo lugar, el intentar identificar a los "proyectos" nos remite irremediabilmente a un determinado nivel de abstracción, a un modelo ideal, a una categoría que no necesariamente la encontraremos en términos puros, definidos, nítidos y transparentes en nuestras realidades nacionales, lo más probable que en ellas los hallemos entrecruzados, con niveles e intensidades diferentes, explicables sólo sobre la base del acontecer de cada formación social en particular.

Lo último merece ser reiterado. Una cosa es buscar la identificación de los principales proyectos que hoy se enfrentan en la región, y otra es tratar de explicar porqué sea éste y no aquél, el que se imponga aquí o allá, y cual es la modalidad concreta que asumen. Estos últimos aspectos sólo tienen respuestas nacionales, y aunque se erijan sobre un sustrato económico, es en el nivel de la lucha de clases donde se encuentran las principales respuestas.

Hemos situado nuestro periodo de análisis entre 1973 y 1980. Ubicamos el primer hito sobre la consideración de que en 1973 en lo fundamental ha sido derrotada la oleada nacionalista y popular que surcara la región a fines de la década de los sesenta y comienzos de la siguiente. El derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular es el símbolo más elocuente de la derrota de este movimiento que dialécticamente marca el éxito de la llamada "estrategia de contención" diseñada por el Departamento de Estado para enfrentarlo.

El fin del decenio de los setenta está marcado por el triunfo de la revolución sandinista, proceso que coloca nuevamente en la región, luego de un período de reflujo, a la alternativa nacional popular como algo posible.

Obviamente, como América Latina no es una isla, analizar su realidad contemporánea nos obliga a abordar, aunque sea sumariamente, cuáles son las principales tendencias que animan hoy el marco de las relaciones internacionales. A ello le dedicamos las primeras páginas y luego hacemos una especial mención a cómo se expresan dichas tendencias al interior de la región. En esta parte nuestras consideraciones no se encuadran en el mismo corte histórico, pero su extensión la realizamos en aras de una mejor explicitación de la realidad presente.

Postulamos que en nuestra región hoy se enfrentan de manera privilegiada tres proyectos —lo cual no niega que existan otros—, su conflicto, sus neutralizaciones, su potencialidad, son sólo medibles nacionalmente como ya lo advirtiéramos. A nuestro juicio se trata del proyecto transnacional, el nacional-desarrollista y el nacional-popular.

No tratamos de buscar un nuevo "esquema", del cual rehuimos de antemano; ni tampoco de cons-

truir tipologías ideales. Buscamos explicarnos el acontecer de la región en aquellos rasgos que expresando los matices de diversidad, permiten construir un universo que influye y contextúa cada una de nuestras realidades nacionales, ese es nuestro limitado propósito.

La dinámica actual de las relaciones internacionales

El hecho que marca la contemporaneidad de estas relaciones lo constituye a nuestro juicio, el quiebre del orden mundial estructurado con el desenlace de la Segunda Guerra.

En efecto, la década de los setenta se inicia con el desahucio de los acuerdos monetarios de Bretton Woods para sacudirse posteriormente con la crisis 73-74 de estangflación y se continuará con la derrota norteamericana en VietNam. En otras palabras: el orden mundial instaurado sobre la base de la hegemonía indiscutida de USA, se resquebraja porque su supuesto principal no corresponde exactamente a la realidad.

Por cierto, los sucesos de esta coyuntura tan poco favorable para USA (70-75) que se agravarán posteriormente con los efectos del escándalo Watergate no son ni azarosos ni fortuitos. A su desenlace concurren variados procesos algunos ya incubados con los resultados mismos de la guerra. A riesgo de reiterar algo ya largamente analizado creemos necesario referirnos a estos procesos, que a nuestro juicio son básicamente tres:

A. *El desarrollo del campo socialista*

Nos referimos no sólo a su expansión cuantitativa (más de quince naciones hoy en día, entre ellas dos de las más pobladas del globo) sino a la dimen-

sión de poder que han logrado. Lo último rige en particular para la URSS que accederá en esta época al rango de superpotencia, capaz de enfrentarse en pie de igualdad a la Unión Americana. El reconocimiento de esta dolorosa verdad se irá abriendo paso paulatinamente en el *stabliment* americano y se explicitará plenamente bajo la gestión de Kissinger en el Departamento de Estado.

La expansión del socialismo es una verdad evidente de nuestro tiempo. Sin embargo, si no queremos hacer de esto un relato apologético y a menudo sobreideologizado, debemos matizar esta verdad con el reconocimiento de otro proceso que lo acompaña. Nos referimos a la diferenciación que se ha operado al interior del marxismo contemporáneo, rasgo que podemos encontrarlo tanto en el plano teórico como en el accionar de partidos y gobiernos socialistas.

Uno de los aspectos más reveladores de esta diferenciación al interior del marxismo es la pérdida del monolitismo que lo caracterizó durante el periodo de la dirección de Stalin, monolitismo que se traducía en el señalamiento para el conjunto de partidos y gobiernos socialistas de un camino a la revolución, de una forma de construir el socialismo y de un modelo de partido, unido al reconocimiento del PCUS como vanguardia del movimiento comunista internacional.

Si bien se puede utilizar al XX Congreso del PCUS como punto de ruptura con parte de la tradición anterior, lo cierto es que la vida había demostrado con anterioridad a dicho evento, que existen muchas vías para desarrollar un proceso revolucionario (insurrecciones urbanas, guerras campesinas, desenlaces de guerras nacionales, etc.) que además, existen variadas formas de construir el socialismo de acuerdo a las condiciones propias

de cada país y en una creciente división internacional del trabajo dentro de la comunidad socialista, y que por estos y otros factores, el agente revolucionario, el partido, no puede asumir las mismas modalidades en todos los tiempos y en todos los lugares.

Todo lo anterior repercute en el menoscabo parcial que sufre la URSS en su carácter de líder del movimiento comunista internacional en los últimos años. Tal situación corresponde y se explica por una serie de fenómenos cuyo análisis excede con creces este trabajo, pero no desarrollarlo no implica no reconocerlo y por tanto asumirlo como un dato.

Varios ejemplos demuestran esta diferenciación operada en el campo del marxismo. Así, podemos mencionar el conflicto chino-soviético, las políticas autonomistas de los partidos y gobiernos de Yugoslavia y Rumania, el camino propio adoptado por los albaneses, el cuestionamiento social que ha sufrido en el último tiempo el socialismo polaco. Todo esto para nombrar algunas de las expresiones que se suceden dentro de las fronteras del socialismo. En el campo del movimiento comunista en los países capitalistas, el papel dirigente del PCUS ha sido seriamente cuestionado y es raro hoy encontrar en comunicados, declaraciones conjuntas o documentos, la observación —tan común antaño— del carácter de partido “guía” conferido al PCUS.

Esta autonomía creciente de los PC respecto de la URSS no es sin embargo un movimiento que niegue totalmente su identificación con ella, coloca la relación en un nuevo plano al reclamar cada partido (y crecientemente cada gobierno socialista) la autonomía necesaria para enfrentar su respectivo proceso nacional. Todo ello nos hablará de un pluralismo cada vez más diversificado dentro del

socialismo mundial como rasgo distintivo de su desarrollo contemporáneo.

Tal rasgo no niega, es mas, algunos autores sostienen que reafirma, la noción de desarrollo que ha alcanzado el campo socialista en los años de la post-guerra. Sí niega la visión apologética de un socialismo en permanente expansión, desprovisto de problemas ante un enemigo en constante repliegue y a punto del colapso, visión que desgraciadamente inunda bastante literatura marxista y que nubla muchos análisis al subestimar la capacidad de respuesta que conserva el capitalismo y sobreestima, más por razones ideológicas que por razones objetivas, a la fuerza del socialismo.

B. *El resurgimiento de Europa Occidental y Japón*

En la década de los setenta asistiremos a la plena recuperación de aquellas economías arrasadas por la guerra. Se trata en otras palabras, de la emergencia de potencias capitalistas desarrolladas capaces de competir con éxito, al menos económicamente, con los EE.UU. e interesadas en la reformulación del orden mundial que privilegiaba marcadamente a la Unión Americana. Si bien en el plano militar la mayoría de estos países siguen siendo súbditos del "paraguas" atómico del Pentágono, en el plano económico entran a tener una dinámica propia capaz de competir con éxito frente a la industria americana.

Desde el punto de vista de su diseño internacional dos serán los rasgos principales de estas potencias emergentes:

1. En primer lugar encontraremos la reivindicación frente a EE.UU. de la necesidad de un liderazgo compartido, vale decir, de refundar la alianza

mutua sobre el supuesto de la renuncia a todo tipo de hegemonías. Dicha actitud correspondería a la percepción de encontrar una unidad de acción de parte de los países desarrollados para hacer frente a los por ellos llamados "desafíos comunes", que no son otros que el avance del socialismo y el incremento de las demandas del llamado Tercer Mundo.

La propuesta más avanzada en esta dirección es a nuestro juicio la que realiza la Comisión Trilateral cuyo norte en el fondo no es otro que buscar un ordenamiento internacional que permita la plena expansión del proceso de internacionalización del capital.

Esta búsqueda por reconstruir el consenso entre las naciones industrializadas se evidencia con dramática urgencia a partir de la crisis 73-74. Mas, sería un error suponer que toda la clase política del capitalismo desarrollado se orienta homogéneamente en esa dirección. Un fuerte sector de los círculos dirigentes de estos países reclama como respuesta a la crisis, el retorno al proteccionismo, la respuesta individual y basada en sus exclusivas fuerzas de cada país ante los embates de la crisis. Los sectores trilateralistas son quizás quienes con mayor lucidez advierten los peligros de esta opción y condenan decididamente este provincianismo en las relaciones internacionales.¹

2. Un segundo objetivo claramente delineable en estos países, los europeos en particular, es la preservación de la paz como objetivo permanente de las relaciones internacionales.

¹ Esta es la expresión textual que un grupo de teóricos de la Trilateral utilizan para denunciar esta actitud, ver al respecto "La Gobernabilidad de la Democracia" de S. Huntington y otros. *Cuadernos Semestrales del CIDE*. Nos. 2-3.

No es sin lugar a dudas, una posición exclusivamente doctrinaria o humanista. Sobre todos los países europeos opera la memoria colectiva de lo que significaron las dos conflagraciones mundiales anteriores. A dicha experiencia hoy se le añade una doble certidumbre. De un lado, cada vez son más explícitos los alcances de una contienda en la que se utilice masivamente al armamento nuclear. De otro, la conciencia neta de que un nuevo enfrentamiento mundial va a tener una vez más al territorio europeo como el principal escenario de guerra.

No decimos aquí que éstos sean los únicos objetivos de los países eurooccidentales en el diseño de su política internacional, pero son los que al menos traspasan a la inmensa mayoría de ellos.

Proyectadas a su relación con el campo socialista, estas orientaciones convergerán en torno a las conveniencias de la distensión y del desarme. En su trato con el III Mundo será la búsqueda de una negociación que le ayude a mantener asegurados los suministros para su industria y le mantenga abiertos los mercados de la periferia a la vez que les posibilite confluir en los objetivos de la paz y el desarme. Su trato entonces con los países subdesarrollados asumirá modalidades diferentes a las que mantiene USA con los mismos.

C. El incremento de las demandas del III Mundo

La constitución de un movimiento de países tercermundistas, cada vez más numerosos, coordinado y con crecientes demandas es otro proceso cuyo desarrollo pone en cuestión el orden pro-norteamericano instaurado después de la derrota del Eje.

Los países del III Mundo, cuya expresión más significativa la representa a nuestro juicio el Movimiento de Países No Alineados, no sólo ha au-

mentado numéricamente sino que además ha incrementado el nivel de sus demandas. La descolonización y la búsqueda de la independencia política, reivindicaciones características de los años inmediatamente posteriores al fin de la guerra, son paulatinamente reemplazadas por demandas económico-sociales y el reclamo de un nuevo diseño de relaciones en el seno de la comunidad internacional.

El III Mundo reconoce en forma creciente la necesidad de su unidad de acción y entiende que su emergencia coordinada en la arena de las relaciones interestatales rompe la bipolaridad y crea un espacio más propicio para el planteamiento de sus reivindicaciones, en especial, al desplazar a la fuerza como mecanismo privilegiado de resolución de conflictos. La utilización de la negociación y del diálogo le ha permitido al Movimiento de No Alineados junto con inhibir una de las principales armas de las naciones desarrolladas, formar bloques mayoritarios en diversos organismos internacionales, en particular en la ONU y sus organismos especializados.

No se vea sin embargo, que el incremento de la presencia política y económica de los países tercermundistas es algo lineal y en creciente desarrollo. Variados procesos limitan parcialmente esta perspectiva. Hablaremos de los que nos parecen más significativos en el último período

Que un país se coloque en una perspectiva tercermundista supone un amplio predominio de las posiciones nacionalistas en su interior, supone la derrota de aquellos sectores más ligados al capital foráneo e interesados en preservar una determinada relación con las potencias desarrolladas. La historia de estos años muestra no pocos ejemplos de que al interior de varios países de Africa, Asia

y América Latina, las fuerzas más ligadas al capital transnacional han asumido plenamente el poder como se evidencia en los casos de las dictaduras militares de nuestra región.

Existe además otra tendencia que atenta contra un mayor éxito del movimiento de No Alineados. Nos referimos a la estrategia de cooptación que ensayan las naciones industrializadas, buscando diferenciar dentro del bloque de países del III Mundo a los por ellos llamados "potencias emergentes" con las cuales intentan desarrollar acuerdos bilaterales que permitan disgregarlos del bloque de naciones en desarrollo. El mundo no es dicotómico y frente al desarrollo de los trilaterales no se enfrentan exclusivamente países en la extrema pobreza, existe una variada gama de situaciones entre ambos extremos y en sus rangos más altos podemos encontrar un tipo de países que han logrado superar con creces los niveles de subsistencia para su población y ensayan diversos procesos de desarrollo. En muchos de estos casos estas políticas desarrollistas se sostienen sobre la base de captar excedente mundial como ocurre con los países exportadores de petróleo.

Dichas naciones se encuentran enfrentadas a una disyuntiva, o asociarse al proyecto de ordenamiento mundial que alientan las naciones industrializadas, o, ser parte integrante —y dirigente en muchos casos— de las reivindicaciones que levantan los países de la periferia.

Tales son, en nuestra opinión, las principales tendencias contemporáneas de las relaciones internacionales, en particular, de las interestatales, cuyo signo estaría marcado por la búsqueda de un nuevo equilibrio que reemplace con eficiencia al orden pro-norteamericano de la post-guerra.

América Latina en la década de los 70

Dentro de la dinámica internacional que intentábamos resumir en los párrafos precedentes, América Latina asiste en los inicios del decenio de los 70, a un proceso de intensificación de la lucha de clases y de crisis de las estructuras políticas en la mayoría de sus países.

El fin de los sesenta y el comienzo de los 70 estará marcado por la instalación de varios gobiernos² que si bien presentan matices de diferenciación entre sí, poseen algunos denominadores comunes:

1. son coaliciones de gobiernos que buscan apoyarse privilegiadamente en una movilización de las clases subalternas de la sociedad.
2. Promueven un profundo proceso de independencia nacional cuya dinámica los llevará a enfrentarse a corto plazo con los intereses norteamericanos en la región.
3. desafían a los bloques dominantes en sus respectivos países.

Por cierto, estos gobiernos presentan contenidos ideológicos diferenciados entre ellos, la fuerza dirigente será distinta en cada caso (así tendremos que en unos serán los militares nacionalistas, la pequeña burguesía revolucionaria en otros, alianzas de partidos marxistas como en el caso chileno), la

² Nos referimos a los siguientes hechos que se suceden: 1968 pronunciamientos militares de Velasco Alvarado y Omar Torrijos; 1970 instauración del gobierno de J.J. Torres en Bolivia y Allende en Chile; 1971 triunfo de Cámpora y estructuración del Frente Amplio uruguayo.

perspectiva de desarrollo que ofrecen también presenta modalidades particulares en cada uno de estos casos. Pero por encima de todos estos elementos diferenciadores, podemos decir que la presencia de los rasgos comunes anteriormente citados, los transforman en un desafío de proporciones tanto para los bloques dominantes de cada país, como para la potencia de la zona.

Ante este hecho, el Departamento de Estado norteamericano, bajo la dirección de H. Kissinger desarrollará la llamada "estrategia de contención" inaugurando las tácticas de la desestabilización y desplegando un fuerte apoyo a las posiciones conservadoras que al interior de cada país se enfrentan a estas movilizaciones. El resultado lo conocemos todos, aunque su factura no se puede endosar exclusivamente a los agentes de la restauración capitalista. Los errores y las insuficiencias de estos procesos alentaron y potenciaron los afanes desestabilizadores, en este punto, claramente, la explicación surgirá por vía del estudio de cada situación nacional, lo demás sólo es el contexto.

La casi totalidad³ de estos procesos son interrumpidos sucesivamente, el caso más flagrante en su realización es sin lugar a dudas el golpe de estado que derroca al gobierno constitucional de Salvador Allende y por ello lo tomamos como hito de la coyuntura que estudiamos.

Podríamos caracterizar entonces a la segunda mitad de los setenta, desde el punto de vista de las luchas populares en el continente, como una fase marcada por el reflujo. Reflujo que bien mirado, es

³ El reflujo es un rasgo predominante en Sudamérica; en la zona del Caribe surgirá el gobierno de Manley en Jamaica que se sostendrá hasta los 80. En Panamá la gestión de Torrijos logra estructurar una voluntad nacional en torno al reclamo de soberanía sobre la zona del canal.

mucho más que un reflujo popular, adquiere las dimensiones de un reflujo democrático al ser destruida esa dimensión de la sociedad en la mayoría de nuestros países; es también un reflujo nacional por cuanto el proyecto que pretende implantarse apunta a una sistemática alteración de los parámetros de desarrollo seguidos hasta la fecha, donde el nacionalismo será fustigado por los intelectuales del proyecto transnacional como algo anticuado, estrecho y antieconómico, culpable de introducir presiones artificiales en la economía.

Pero si una dinámica es el reflujo nacional popular en América Latina en esta coyuntura, no es menos cierto que se operará en el mismo periodo un profundo proceso de deterioro interno en los propios EE.UU.

¿Efecto de la crisis? Sí y no a la vez. Indudablemente que en el sustrato económico están presentes los efectos de la recesión 73-74 que afectan a la economía norteamericana, pero como bien sabemos, no siempre crisis económicas originan crisis políticas. Serán otros los afluentes que alimentarán esta última en el caso norteamericano al punto de llegar a generar lo que algunos autores denominan como "crisis de legitimidad interna", entre dichos afluentes destacan:

- a) La guerra de Viet Nam y su desenlace. El conflicto se transformará en uno de los flancos más débiles del *establishment*, dará origen a un vasto movimiento opositor. El fin de la guerra por su parte hará evidente para todo el mundo que USA ya no tiene la superioridad absoluta en el terreno bélico, con el ingreso de las divisiones del general Giap a Saigón quedará marcada la primera derrota militar de EE.UU. en su historia.

- b) El impacto al interior de la sociedad norteamericana de las revelaciones de la Comisión Church, que ponen de relieve las actividades de la Cia en el derrocamiento del gobierno de Allende. El gobierno americano aparecerá ante los ojos de sus ciudadanos como promotor de regímenes de fuerza que destruyen gobiernos constitucionales y que eliminan el Estado de Derecho.
- c) Las revelaciones del escándalo Watergate. Estas terminarán por minar el ya debilitado grado de confianza que la población norteamericana guardaba de su gobierno. Watergate demuestra que el terrorismo de Estado existe, que es promovido personalmente por el Jefe de Gobierno y que se orienta no sólo contra pequeños grupos de disidentes sino que incluye al principal partido de oposición.

La concurrencia de todos estos factores pondrán en tela de juicio la superioridad moral y política del régimen norteamericano, principal carta de presentación con la cual argumentaba su política exterior. No es de extrañar entonces que la retórica humanista y democrática será la principal herramienta que le permitirá en 1976 a J. Carter presentarse como el portavoz del rearme moral de la nación americana. La gestión del nuevo mandatario estará marcada en sus primeros pasos por el intento de hacer de los derechos humanos, el "eje fundamental de su política" como expresamente lo declarara. Proyectada esta orientación hacia América Latina se encontrará con la circunstancia de que la mayoría de los gobiernos que violan flagrantemente dichos derechos son

las dictaduras militares instauradas por la "estrategia de contención", es decir, son los principales aliados de los norteamericanos en sus respectivos países. La gestión de Carter hacia América Latina entonces, se desenvolverá en un difícil camino que combinará presiones sobre las dictaduras a fin de que atenuen su política interior y el reconocimiento de que dichos regímenes son los más firmes puntales para sus intereses en la región.

En otros capítulos de la relación interamericana Carter sólo obtendrá resultados parciales, logrará firmar nuevos tratados con Panamá y resolverá así un foco de conflicto, con Cuba iniciará tímidos tanteos de reconciliación pero se vendrán al suelo cuando arrecie su enfrentamiento con el campo socialista a raíz de los sucesos de Afganistán, los sucesos de la embajada del Perú en La Habana y el puente de Mariel-Miami terminarán por colocar a la relación entre ambas naciones en uno de sus puntos más bajos de toda la historia.

El reflujo nacional popular por su parte se transformará en un matizado proceso que adquirirá tonalidades diferentes en las subregiones. En el cono sur se podrá percibir un profundo replanteo de tácticas y estrategias que harán un marcado énfasis en la recuperación democrática. En el área andina y en Brasil, se operará un proceso de apertura política que conocerá vicisitudes diversas en cada país. Los países petroleros consolidarán su régimen de democracia representativa. Es en Centroamérica donde se agudizarán al máximo las contradicciones y se operará un proceso que romperá la atmósfera de repliegue generalizado en toda la zona.

En este marco vale la pena reflexionar sobre la forma en que las fuerzas socialistas se hacen presentes en la zona.

Desde el punto de vista de las naciones socialistas, dos serán en particular las que operarán con particular fuerza en la región, nos referimos a Cuba y a la URSS.

En el caso cubano, paulatinamente se operará un proceso que superará las discrepancias surgidas entre La Habana y diversos PC latinoamericanos durante la fase guerrillera de la política cubana hacia la región.⁴ El punto más expresivo de este reencuentro lo constituirá la reunión de PC latinoamericanos efectuada en La Habana a comienzos de 1975 y posteriormente reforzadas por los acuerdos del Primer Congreso del Partido Comunista Cubano, en dicha oportunidad Fidel Castro señaló en su informe central:

No está la América Latina en vísperas inmediatas de cambios globales que conduzcan, como en Cuba, a súbitas transformaciones socialistas. Es claro que éstas no son imposibles en algunos países latinoamericanos. Pero lo que define las circunstancias de nuestra América es, sobre todo, una conciencia generalizada, no sólo en su clase obrera y en los pueblos sino también en zonas decisivas de algunos de sus gobiernos de que la contradicción de intereses entre la América Latina en su conjunto y cada uno de nuestros países

⁴ En la década de los sesenta al apoyar decididamente La Habana a la insurrección guerrillera en América Latina, entró en agudas contraindicaciones con varios PC de la región, partidarios de la estrategia del tránsito pacífico y de las orientaciones de la coexistencia pacífica emanadas por la dirección de Jruchov en el PCUS. Los capítulos más álgidos de esta divergencia lo constituyeron la polémica pública entre Castro y la dirección del PC venezolano a raíz del repliegue "táctico" ordenado por ésta a la guerrilla; y la pugna con el PC boliviano a consecuencia de su actitud ante la guerrilla del Ché el 67.

en particular con la política mantenida por el imperialismo norteamericano, no puede resolverse por la vía de la entrega o la conciliación, sino que requiere una resistencia conjunta que ya está en marcha.⁵

En base a estas orientaciones el gobierno cubano incentivará sus relaciones con la mayoría de los gobiernos democráticos de la región, brindará amplio apoyo a los pueblos que viven bajo dictaduras y ofrecerá a USA normalizar sus relaciones sobre la base del reconocimiento de la soberanía cubana para determinar autónomamente su régimen social y político.

El efecto de esta política lo podemos medir en el hecho de que al final de la década, el bloqueo a Cuba es prácticamente inexistente y sostenido principalmente por USA. La mayoría de los regímenes democráticos de América Latina han reanudado y mantienen buenas relaciones con La Habana y de paso, Cuba ejerce un claro liderato en la región del Caribe.⁶ Su prestigio internacional se consolidó con la realización de la VI cumbre de los No Alineados efectuada en La Habana en 1979 la cual eligió a Fidel como su máximo líder.

⁵ Fidel Castro, "La Unión nos dió la victoria", *Informe del Comité Central al Primer Congreso del PCC*, Dirección de Orientación Revolucionaria del CC., La Habana, 1976, p. 353.

⁶ En efecto, el gobierno cubano mantuvo excelentes relaciones de cooperación y apoyo con la Jamaica de Manley, con Guyana y con Granada. En relación al área continental, apoyó decididamente la causa panameña de rescate del canal; mantiene excelentes vínculos con Managua y ha consolidado su tradicional amistad con México. Todo esto para referirnos exclusivamente a su influencia en América Latina porque en Africa luego de su intervención en Angola y en Etiopía ha acrecentado su presencia en forma significativa.

La URSS será el otro país del campo socialista que desarrollará una acción destacada hacia América Latina. Un comentario general sobre el desarrollo de esta relación no puede dejar de reconocer que si bien ha crecido en materia comercial y cultural, ha estado plagada de ambigüedades en el plano estrictamente político. En efecto, mientras que el gobierno soviético mantiene y desarrolla una activa solidaridad con Chile, conserva buenas relaciones con la dictadura de Buenos Aires; ante una postura de simpatía y aliento hacia el naciente régimen sandinista encontramos un silencio sobre lo que ocurre en Bolivia después del golpe de García Meza. Razones estatales sin lugar a dudas que pueden explicar muchas de estas actitudes, pero desde un ángulo de una política basada en los principios del internacionalismo no se puede dejar de observar que aquí operan ambigüedades.

Tales ambigüedades traerán elevados costos al prestigio de la URSS en el continente, dicha circunstancia ayuda a explicar —nunca totalmente— el porqué sea en nuestra región donde quizás hallemos con mayor fuerza este fenómeno de diversificación al interior del marxismo que hablábamos en las primeras secciones de este trabajo.

Esta última afirmación requiere ser ampliada. Hoy en día, las fuerzas que se adhieren al socialismo en latinoamérica son muy variadas y desbordan con creces a los PC locales. Una rápida visión de estos últimos nos mostraría que sólo en el caso de Uruguay y Chile, los comunistas constituyen fuerzas políticas significativas dentro de sus respectivos cuadros nacionales. Hay por cierto, en este periodo, partidos comunistas que se desarrollan promisoriamente y tienden a superar estancamientos anteriores, quizás los casos más gráficos lo constituyen los PC mexicano y boliviano. Sin embargo, lo predom-

inante en la región es que los partidos comunistas no constituyen fuerzas sustantivas dentro de la izquierda de cada país.

A la anterior situación cuantitativa cabe agregar una profunda matización en la política de dichos partidos, mientras algunos mantienen en lo fundamental la propuesta tradicional heredada de la sección latinoamericana de la III Internacional, otros se deslizan hacia la elaboración de nuevas proposiciones para enfrentar la tarea de la transformación en sus países, situación que se evidenció en algún grado en la conferencia de PC latinoamericanos ya aludida.

El pensamiento marxista latinoamericano también ha generado otras expresiones orgánicas, una de las más significativas es la que se expresa en los partidos socialistas de la región. Aunque de diversos orígenes, dichos partidos buscan en la actualidad algún grado de coordinación regional.⁷ En efecto, en noviembre de 1979 y con posterioridad a mediados de 1980 se sentaron las bases para una Oficina de Coordinación Socialista en Latinoamérica. A dicha cita y acuerdo concurrieron el Partido Socialista Portorriqueño, el Partido Socialista chileno, el Partido Socialista de los Trabajadores mexicano, el Partido Socialista Revolucionario del Perú y el Movimiento al Socialismo de Venezuela. En muchos casos estos partidos poseen una dimensión similar, cuando no, superior a los PC locales.

⁷ Sobre sus orígenes podemos decir lo siguiente: el PS chileno surge en el marco de las luchas antioligárquicas del 30, el mexicano tiene su núcleo original en un sector de la movilización estudiantil popular del 68, el peruano es la herencia radicalizada de la experiencia de Velasco Alvarado y el MAS surge de una escisión del PCV que arrastra a lo fundamental de la juventud de dicho partido.

A esta sumaria descripción es necesario agregar también la herencia actual de aquellas organizaciones que en sus orígenes adoptaron el camino de la insurrección armada, la cual si bien es derrotada en la mayoría de nuestros países, deja en algunos casos, organizaciones que logran devenir en partidos políticos. El caso más claro lo constituiría a nuestro juicio el MIR venezolano, otro tanto ocurriría con varias organizaciones que estructuran el Focep peruano, para mencionar organizaciones que operan en regímenes democráticos. En situaciones de dictadura podríamos mencionar en la misma dirección al MIR chileno y a Montoneros.

Una línea significativa de afluencia al socialismo latinoamericano es la corriente socialcristiana que se radicaliza en la coyuntura final de los sesenta y que se expresó en el desprendimiento de las alas izquierdistas de varios partidos democratacristianos de la región. En la mayoría de los casos, estas radicalizaciones llevaron a las noveles organizaciones a asumir con rapidez posiciones marxistas y entroncarse con fluidez en las izquierdas locales. El MIR boliviano, los Mapus chilenos reflejarían esta línea al igual que el Partido Socialista Comunitario del Perú, (este último nunca alcanzó una envergadura de consideración pero sí proporcionó bastantes cuadros a la gestión de Velasco y con posterioridad asumirán la tarea de contribuir al PSR). En otros casos, la radicalización socialcristiana no abandonó abruptamente su raigambre y si bien se perfiló con nitidez hacia el socialismo, mantuvo elementos fundamentales de su identificación filosófica y religiosa como lo expresa la Izquierda Cristiana chilena y el movimiento de cristianos por el socialismo en general.

Tales tendencias, siendo las principales, no agotan lo que es el arco izquierdista latinoameri-

cano, pero sí constituyen sus componentes más comunes. Hay por cierto situaciones nacionales que escapan a estos intentos de caracterización regional. No cabe duda alguna que el FSLN es lo medular de la expresión popular nicaragüense, pero no podemos encontrar en la región otro caso de tan amplia hegemonía al interior de la sociedad y del movimiento popular. El trozkismo conserva fuerza importante en Bolivia (el POR de Lora), en algunos grupos del Focep peruano y en el PRT mexicano. Finalmente cabría agregar que el maoísmo ha pagado los costos de los vaivenes de la dirección del Partido Chino y ha quedado reducido a una ínfima expresión como rasgo común de las izquierdas latinoamericanas.

Esta visión panorámica de las fuerzas del socialismo en la región permite demostrar en algún grado la variedad de matices que éstas asumen, riqueza plural que en muchos casos ha generado una relación interna no siempre amistosa y que ha evidenciado más la dispersión que la unidad dentro de lo diverso como rasgo de su quehacer.

Sin embargo, la experiencia reciente también enseña que la diversidad de matices no es obstáculo para la unidad de acción, inclusive la programática, cuando una organización logra perfilar una perspectiva clara de victoria, la lección unitaria de las distintas corrientes del sandinismo y la formación del Frente Farabundo Martí son ejemplos de ello, sus consecuencias para el futuro a que aspiran no dejan de avisarse: el socialismo latinoamericano contiene rasgos (contendrá sería mejor decir) de un desarrollado pluralismo en el cual convergerán diversas fuerzas sociales, políticas e ideológicas, por tanto la forma que asuma presentará modalidades diversas a las que han experimentado en otras regiones del globo.

Retomando el análisis de fuerzas en un contexto internacional podemos observar que el fin de la década está marcada por dos hechos significativos.

El primero está constituido por el triunfo de la revolución sandinista. Este hecho puede asumirse desde variados enfoques que intenten explicar la caída del somocismo, lo común a todos los análisis es el reconocimiento de que el régimen de Anastasio Somoza contaba con un bajísimo nivel de consenso dentro de su población; a la vez, había sido incapaz de neutralizar la emergencia de la acción armada en su contra. Somoza y su régimen en los años finales de su mandato constituyen una típica demostración de lo que es un régimen dominante pero no dirigente, el paso del FSLN a la guerra regular cuestionará a su turno el monopolio de la fuerza. La Guardia Nacional al quedar sin mando por la huida del dictador se disgregará en pocas horas después de constatar su incapacidad para derrotar militarmente a la insurgencia revolucionaria.

El segundo hecho que marca la coyuntura es el cambio de gobierno de USA. Reagan aún no asume pero todos los pronósticos sobre el curso probable de los acontecimientos es que en el futuro inmediato asistiremos a un recrudecimiento de las posiciones más conservadoras y agresivas de la Casa Blanca en su política hacia América Latina. Uno de los resultados ya previsibles de este cambio de giro será la distensión que se operará entre los regímenes militares de la zona y el Departamento de Estado, superando los incordios provocados por la política de derechos humanos del presidente Carter.

¿Por qué destacamos estos dos hechos como los más significativos de la región? Nicaragua de-

muestra, veinte años después de Sierra Maestra, que la revolución vuelve al rango de lo posible y pareciera indicar que el reflujó continental desatado por la derrota de la oleada nacionalista y popular en los comienzos de los 70 empieza a dar síntomas de agotamiento. El triunfo de Reagan confirma a todos los sectores conservadores de la región que encontrarán en USA un aliado fiel y decidido para inhibir cualquier intento de transformación.

Incremento de expectativas y recrudecimiento del conservadurismo. ¿Serán esas las principales dinámicas que dominen en nuestras sociedades y a la realidad regional en esta naciente década?

Es en este contexto internacional y regional en el cual tratamos de tipificar los principales rasgos que conforman los proyectos que hoy se enfrentan de manera privilegiada en nuestros países. A su exposición nos dedicamos a continuación.

El Proyecto Transnacional

Entendemos por proyecto transnacional la propuesta de transformar sustantivamente a las economías de los países subdesarrollados, adaptándolas a las crecientes necesidades del proceso de internacionalización del capital.

En efecto, asumiendo las interpretaciones que ubican en la historia reciente a un nuevo estadio de desarrollo del capitalismo entenderíamos que la proyección de este fenómeno hacia los países del III Mundo se expresa en un nuevo proyecto de organización de la sociedad que abarque todos los aspectos sustantivos de su realidad y que los coloque en abierta disposición a facilitar el desarrollo del capital transnacional.

Dicho proyecto modificaría sustancialmente las bases que sustentan la noción de desarrollo para

la mayoría de los países latinoamericanos. El elemento central de dicha manifestación lo encontramos en el abandono de las consideraciones sobre el mercado nacional, para reemplazarlo por el de la plena incorporación al mercado mundial sometién-dose a sus leyes y vaivenes. F. Fajnzylber señala al respecto:

El argumento central de este proyecto sería el siguiente: En la medida en que se creen condiciones económicas y políticas adecuadas para la expansión transnacional se logrará la asignación de recursos óptima, que elevará la eficiencia en el uso de los recursos a nivel mundial, disminuyendo los costos de producción de los bienes y servicios que la humanidad requiera, estimulando el proceso de innovación tecnológica cuyos frutos terminarán difundién-dose a lo largo y a lo ancho del planeta y, otorgando a los consumidores del mundo entero, la posibilidad de escoger, en función de un sistema de precios que refleje los costos reales, aquellos bienes y servicios susceptibles de ser producidos con la dotación de recursos productivos disponibles, los que se intercambiarían en un mercado libre que generaría una equitativa distribución de los beneficios. En este marco, la acción principal del Estado consistiría en crear las condiciones adecuadas para el libre funcionamiento del mercado. En esta perspectiva emergen como obstáculos "conservadores" conceptos e instituciones como: interés nacional, estado nacional, sindicatos, satisfacción de necesidades básicas, seguridad social, seguro de desempleo y otras "distorsiones" que afectan al funcionamien-

to creador de las fuerzas del mercado.⁸

No vamos a hacer en esta oportunidad la crítica a este proyecto por haberse desarrollado éste con abundancia y fuerza en la literatura del último tiempo.⁹ Queremos destacar que dicho proyecto no altera la naturaleza de clase de la dominación, no se trata de un cambio en las relaciones sociales de producción. Sí refleja en cambio una contradicción en el ámbito de las fracciones en que está dividido el bloque dominante y supone su recomposición y la introducción de una nueva racionalidad al interior de la sociedad.

El PTN debe derribar en particular dos obstáculos para implantar su funcionamiento. De un lado debe someter a aquellas fracciones de la burguesía interesadas en el desarrollo del mercado interno, proceso no exento de violentos enfrentamientos según sea la fuerza adquirida en el pasado por dichas fracciones. Pero su obstáculo principal estará en el otro polo de la contradicción social fundamental, para la implantación del PTN se requiere como requisito indispensable de su momento constitutivo la neutralización de toda capacidad de negociación colectiva del proletariado. Esta neutralización alcanzará formas más o menos violentas según sea el nivel de organización e independencia de clase que el proletariado haya alcanzado en cada uno de nuestros países. Para alcanzar esta neutrali-

⁸ F. Fajnzylber. "Proyecto Nacional y Marco Internacional" 'Revista Chile-América, No. 52-53, 1979, Roma, p. 9 anexos.

⁹ Al respecto sugerimos los artículos de Fdo. Fajnzylber, de Agustín Cueva, de Luis Maira y otros autores contenidas en el libro *El control político en el Cono Sur, Siglo XXI*, 1976.

zación entonces existirán en lo fundamental dos vías, la destrucción del movimiento obrero en aquellos casos en que la fuerza de éste sea un obstáculo insalvable, o su "cooptación estatal", allí donde por razones sólo posibles de hallar en la historia de cada país, el movimiento obrero no asume rasgos de suficiente independencia de clase frente al Estado.

Por lo expuesto queda claro que la forma estatal que estructura el PTN contendrá elevados elementos de autoritarismo, de este modo en muchos casos se erigirá sobre las ruinas del Estado liberal populista, el Estado de compromiso, construido por las distintas fuerzas que alrededor de los cuarenta acometieron en América Latina la tarea del desarrollo del mercado interno y de la industrialización.

Si bien la dinámica del PTN podemos ubicarla en el desarrollo de las tendencias contemporáneas de la economía, en especial en la de los países capitalistas desarrollados, no es un mero reflejo epifenoménico en nuestra región. América Latina tiene su propia dinámica con la cual concurre a su relación con los países desarrollados. De este modo podemos percibir que el proceso de internacionalización del capital adquiere un crecimiento inversamente proporcional al de los ensayos de industrialización del continente. En otras palabras, ante el agotamiento de la estrategia de desarrollo adoptada por la mayoría de los países latinoamericanos en la post-guerra (el desarrollo "hacia adentro" según la terminología de la CEPAL) y el agudizamiento de las contradicciones sociales, alentadas por los ecos del Moncada, el PTN se irá progresivamente imponiendo en los sectores dominantes criollos como la fórmula integral del capitalismo para readecuarse y poner fin a las

sucesivas crisis a que los conducía el estancamiento económico y el incremento de las demandas sociales.

El caso chileno parece ser uno de los ejemplos más gráficos en esta perspectiva y así podríamos interpretar el golpe de estado pinochetista no sólo como una fórmula para detener el desarrollo del gobierno de la Unidad Popular sino que también como una fórmula para resolver los problemas estructurales del capitalismo chileno, parte de los cuales estaban dados por la existencia de una forma estatal democrática de la cual el movimiento obrero era un activo animador.

El Proyecto Transnacional allí donde se implante modificará sustantivamente tanto a la forma estatal como a su base económica, a la vez, transformará casi todos los aspectos del tejido social, eliminando la dimensión democrática de nuestras sociedades en muchos casos, presentará como un componente ideológico fundamental a la noción de "mercado" como una suerte de mágico regulador de la vida social y política, la política quedará proscrita como una dimensión negativa del pasado que alimentaba presiones artificiales sobre el normal funcionamiento de la economía. La nueva forma estatal, el Estado autoritario, se erigirá entonces como garante de esta refundación capitalista.

Las fuerzas sociales interesadas en apoyar una perspectiva de esta naturaleza las podemos encontrar privilegiadamente en aquellas fracciones dominantes que estén más ligadas al capital foráneo, en los núcleos industriales que se sienten en condiciones de competir con éxito en la arena internacional, en aquellos sectores de burguesía agraria que aspiran a beneficiarse con la expansión de sus exportaciones. A estas fuerzas se le deben sumar la tecnoburocracia que le sirve de gestora y aquellos sectores que como fruto de la instauración de esta

nueva forma estatal se instale como su clase política. Internacionalmente tendrán a su favor la generosa "solidaridad transnacional" que a menudo ha neutralizado eficazmente las declaraciones retóricas de algunos gobiernos de los países desarrollados.

Lo anterior para hablar de los apoyos activos que puede generar este proyecto, un consenso de carácter pasivo sostendrá también a estos regímenes, sus expresiones fundamentales las encontraremos en aquellos sectores del bloque dominante perjudicados por la política económica, pero para ellos la alternativa bien esgrimida ideológicamente por los comunicólogos del PTN es la amenaza del llamado "comunismo internacional", es decir, o aceptan una política que los obliga a modernizarse o sucumbir, o, la bandera roja en sus fábricas. Amplios sectores de las capas medias también pueden caber en este rango, aunque sus motivaciones sean más ideológicas y se sustenten primordialmente en el vacío político que genera el autoritarismo que impide visualizar alternativas viables frente a la coherencia y solidez con que se presenta el PTN.

La clase política del PTN, no es asimilable directamente a la tradicional "derecha" de las épocas republicanas, no siempre la clase política que adviene a la administración del Estado en esta reformulación proviene estrictamente de las filas de los tradicionales partidos conservadores, en muchos casos su reclutamiento se realizará por canales más inéditos. Los nombres de algunos de los principales ejecutivos de estos gobiernos así lo reflejan, ¿quién conocía diez años atrás a los Piñera y los Martínez de Hoz del presente? A ello debemos agregar que dadas las necesidades de control social que requiere el PTN, se hará de la aceptación de los altos mandos uniformados otro

vivero predilecto para la estructuración de su clase política.

El Proyecto Nacional Desarrollista

A nuestro juicio, otra de las tendencias que hoy se enfrentan en América Latina por el control de la sociedad, está dada por aquellas fuerzas que ensayan en la segunda mitad del siglo XX, la continuidad de una estrategia de desarrollo que enfatiza la ampliación del mercado interno.

Tal proyecto se opone por naturaleza a la expansión transnacional, aunque no debe entenderse necesariamente como un proyecto autárquico, si bien no se acepta el patrón de desarrollo que quieren implantar las transnacionales no desconocen su existencia y su influencia. Se trataría entonces de buscar mejores condiciones de negociación frente al poder de las naciones industrializadas que les permita a los países latinoamericanos mejorar sus niveles de intercambio con el resto de la economía mundial y reinvertir dentro de sus fronteras parte sustantiva del excedente que generan.

Ciertamente, este proyecto tampoco se sustenta en una modificación de la naturaleza de clase de la dominación estatal, pero indudablemente tiene connotaciones y repercusiones sociales muy diferentes a las del proyecto transnacional. En lo fundamental este proyecto encuentra en la burguesía industrial interesada en su expansión hacia el mercado interno y el sub-regional, a su fuerza dirigente, de donde podemos decir que este proyecto encontrará particular solidez en aquellos países donde el proceso de industrialización alcanzó mayores niveles en el pasado reciente. A esto último debemos agregar una condición fundamental: no sólo se requiere de cierta base material desarrollada en el

pasado sino además una capacidad del presente de captar excedente. Este último requisito hoy por hoy parece cumplirse (hablando de excedente mundial) sólo en los casos de naciones exportadoras de hidrocarburos: México, Venezuela y Ecuador, el primer rasgo es más significativo en los casos del Cono Sur y Brasil.

En materia de política exterior este proyecto cuestionará crecientemente la llamada "relación especial" de EE UU hacia América Latina y podría ayudar a explicar el porqué "los propios intereses de los sectores capitalistas internos los lleven a propiciar políticas exteriores que aumenten sus márgenes de independencia y creen mejores condiciones para su acceso a los beneficios que derivan de la reestructuración de la división internacional del trabajo.

Esto podría ser una hipótesis explicativa de las políticas exteriores independientes que impulsan los principales estados de la región (México, Brasil, Venezuela e incluso Argentina) que coinciden en muchos casos con las reivindicaciones mismas de los países no alineados.¹⁰

Desde el ángulo de sus necesidades políticas este proyecto no precisa de una modificación drástica de la forma estatal, lo cual no niega que realice los ajustes necesarios que impone la dominación en cada país en especial. Así, el Estado democrático será en lo fundamental su expresión particular. Para enfrentarse a las fuerzas del capital transnacional, aquéllas que están interesadas en el desarrollo del mercado interno buscarán necesariamente apoyarse en las otras fuerzas sociales que puedan coin-

cidir en esta aspiración. Estas últimas se encontrarán particularmente en el campesinado, en las capas medias y en el proletariado. El ideal de dominación será entonces para este proyecto una fórmula que permita aglutinar a lo fundamental de estas fuerzas sociales bajo el liderazgo de la burguesía industrial y su clase política. Este es un ideal, serán las condiciones concretas de la lucha de clases en cada país la que diga si se accede a este ideal o no.

No creemos que este proyecto pueda ser rápidamente identificado con una suerte de reedición del populismo.¹¹ Este último fenómeno, con todo lo difuso de su connotación, corresponde a una forma específica de movilización y dominación política encuadrada en las tareas de la lucha antioligárquica y caracterizada además del pluriclasmismo, por el fuerte uso de mecanismos carismáticos. Sus ejemplos más típicos hoy se encuentran disgregados en la mayoría de los casos nacionales donde surgieron.

Serán básicamente los llamados "partidos del centro político" los principales instrumentos de este proyecto. Esto nos lleva a una reflexión sobre las dos vertientes principales que los conforman en América Latina: el social cristianismo expresado en los partidos demócratacristianos y las expresiones regionales de la social democracia.

La democracia cristiana, que conoció en la década de los sesenta su mayor expansión con el gobierno de Frei en Chile y el de Caldera en Venezuela presenta hoy modalidades en algo diversas. En la actualidad tiene sus expresiones más signi-

¹⁰ Sergio Spoerer. *Los desafíos del tiempo fecundo*, Siglo XXI, México, 1980, primera edición, pp. 16-17.

¹¹ Luis Maira sostiene en su artículo "Fuerzas internacionales y proyectos de recambio en América Latina" que "un elemento vinculado a todo este fenómeno es el resurgimiento del populismo verificado en América Latina en sus últimos tiempos."

ficativas en el gobierno copeiano de Herrera Camping, comparte la gestión de Roldós en Ecuador y la de los militares en El Salvador. En Chile, el PDC constituye el principal partido de oposición a la dictadura militar. En los restantes países, su expresión es más menguada.

¿Cuál es el rasgo distintivo de la acción de la DC latinoamericana?

En nuestra opinión y de manera hipotética, pensamos que los principales rasgos de su actual conducta están dictados por las siguientes orientaciones:

- La búsqueda de un equilibrio de fuerzas que permita enfrentar los afanes autoritarios sin necesariamente llegar a una ruptura radical con sus principales expresiones. La razón de dicha actitud pareciera radicar en la profunda desconfianza, cuando no, antagonismo, que mantiene respecto a las fuerzas populares (entendiendo por tales a las que adhieren a una perspectiva socialista).
- El desarrollo de una propuesta nacional que busca readecuarse a las nuevas exigencias del desarrollo de las relaciones internacionales intentando una interacción más beneficiosa con los países desarrollados.
- Su definición de “tercera alternativa” (ni capitalismo ni comunismo) la ha llevado a una tendencia marcada a ensayar formas de gobierno “monocolor”, al estilo de la DC italiana. En la casi totalidad de los casos que el PDC ha accedido al gobierno la experiencia ha demostrado su afán (según algunos su incapacidad) por no compartir las tareas de gobierno con otro tipo de fuerzas y por tanto esbozar como rasgo

principal de su vía de acceso al gobierno, el llamado “camino propio”.

- Su actitud hacia EE.UU., siempre ha sido más de negociación y jamás de enfrentamiento, inclusive cuando el movimiento constitucionalista de Caamaño en Santo Domingo fue aplastado por la intervención norteamericana, la DC latinoamericana no se enfrentó a ella, pese a que la DC dominicana participaba activamente en dicho movimiento.

La Democracia Cristiana tiene un discurso amplio, democrático y humanista que se hereda en lo fundamental de la ideología que la sustenta, sin embargo las modalidades que asume su fórmula política a menudo terminan por negar las anteriores características como sucede hoy en día en el régimen que encabeza Napoleón Duarte.

La otra tendencia que expresaría este proyecto nacional desarrollista la encontramos en torno a los partidos que mantienen un ideal socialdemócrata en el continente, socialismo democrático por ellos llamado y que en muchos casos se corresponde con la afiliación latinoamericana de la Internacional Socialista.

La mayoría de los partidos de este espectro se organizaron en octubre de 1979 a invitación del PRI mexicano en la denominada “Conferencia Permanente de Partidos Políticos Latinoamericanos” (COPPAL). A la cita concurren 22 partidos (ver anexo con lista). La convocatoria definía los rasgos comunes de este encuentro, al llamar a las fuerzas “nacionalistas, revolucionarias y antiimperialistas convencidos de la necesidad de establecer un proyecto libre de compromisos que permita contrarrestar la acción de los centros de hegemonía política y financiera que han generado la marginación de mi-

lones de latinoamericanos".¹² Como resultado de dicho evento las fuerzas participantes firmaron la llamada "Declaración de Oaxaca" cuyas líneas fundamentales enfatizaban una perspectiva de unidad latinoamericana, de rechazo a las intervenciones imperialistas y la búsqueda de un desarrollo económico que permita superar las injusticias sociales cautelando el perfeccionamiento y defensa de la democracia como forma ideal de gobierno.

Aunque en su primera invitación la Coppal sólo se dirigió a aquellos partidos "que tienen representación en sus parlamentos y/o gobiernos", lo cual limitó la presencia de representaciones de Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay; con posterioridad suprimió dicho requisito y así más de una docena de organizaciones latinoamericanas solicitaron adherirse.

Las características de nacionalismo, democracia y antiimperialismo cobijan un rango muy amplio de fuerzas y así un comentarista certeramente señalaba que "algunos partidos pueden ser calificados abiertamente de izquierda, en tanto otros corresponden al espacio centrista y en algunos casos (pocos es cierto) habría que apelar a la etiqueta de centroderecha".¹³

Estos rasgos hacen que muchos de estos partidos presenten diferencias significativas con la Democracia Cristiana. En primer lugar resalta el hecho de su decidida voluntad antiimperialista, que en nuestro continente se traduce por un afán de in-

dependencia frente a USA en especial. En segundo lugar, está presente la circunstancia de que la mayoría de los partidos de la Coppal comparten posiciones amplias y fluidas que les permiten ensayar diversas políticas de alianzas en sus respectivos países, el sólo hecho de que por cada país concurren a Oaxaca varias organizaciones en muchos casos, es un síntoma de esta cualidad. Los partidos afiliados a la Coppal evidencian un rechazo abierto a las proposiciones transnacionales tanto en política como en economía. Cabría además destacar que se trata de fuerzas que en su mayoría no rehuyen apriorísticamente de un entendimiento con la izquierda, cuando no, en muchos casos, la acoge directamente (como sería el caso del FSLN y el MAS). Una última característica diferenciadora respecto a la DC estaría en lo siguiente: esta última siempre ha rehusado desarrollar movilizaciones sociales que puedan devenir en alteraciones drásticas del Estado, su camino es más bien el de la negociación, de presión de masas e internacional para alcanzar sus objetivos. La mayoría de los partidos de la Coppal, a todo lo anterior le suman una voluntad de poder que cuando es necesario ha recurrido resueltamente a las formas armadas de lucha política. En dichos casos la Coppal ha respaldado decididamente estas iniciativas con apoyos de diversa índole, no es de extrañar entonces que uno de los vicepresidentes de su comité ejecutivo sea el comandante Tomás Borge y que uno de sus fundadores sea el actual presidente del FDR salvadoreño: Manuel Ungo.

Lo último se puede graficar en la conducta del estado venezolano en estos últimos años: durante la administración Adeco de Carlos Andrés Pérez, los venezolanos enviaron armas y apoyo de todo tipo a la guerrilla sandinista, bajo el gobierno

¹² Boletín informativo de la Coppal, No. 1, noviembre 1979, México.

¹³ Daniel Wacksman, "Los partidos políticos se internacionalizan". *Le Monde Diplomatique*, edición español, enero 1980, p. 24.

socialcristiano de Copei ahora envían ayuda militar a los militares salvadoreños.

La social democracia, si así pudiéramos llamarla asumiendo todas las injusticias de esta generalización,¹⁴ es rival del socialcristianismo conservador en el continente. Ambas fuerzas compiten por buscar apoyo en los mismos sectores sociales y presentan marcadas diferencias en su diseño político, el Proyecto Nacional Desarrollista se identificaría mucho más explícitamente con partidos como los de la Coppel que con los DC.¹⁵ Esta relación de competencia quizás ayudaría a explicar el porqué en casi ningún país latinoamericano coexisten con fuerzas relativamente similares, allí donde la DC es fuerte la socialdemocracia presenta grandes debilidades y viceversa. Pareciera ser que sólo en el caso venezolano encontraríamos la excepción a esta hipótesis.

¹⁴ Aunque coincidan en muchos casos con la afiliación latinoamericana a la Internacional Socialista no podemos afirmar tajantemente que estos partidos sean similares a las socialdemocracias europeas, numerosos rasgos hacen que presenten matices de diferenciación, a modo de ejemplo podemos mencionar su composición social: obreros y asalariados en Europa, capamedieros en lo fundamental en A. L., su tradición inmediata: en Europa: antifascista y de enfrentamiento a las derechas ultramontanas, en América Latina: antioligárquicas y de desafío a la dominación norteamericana, por nombrar algunos.

¹⁵ Por la misma composición pluriclasista y por lo amplio de sus contenidos ideológicos en la DC se originan corrientes progresistas, y aunque muchas de ellas dieron lugar a escisiones en los 70 la experiencia demuestra que estas tendencias resurgen, (como es el caso de H. Dada en el Salvador). Queremos simplemente destacar que para estos sectores una perspectiva de desarrollo nacional es mucho más explícita que para los sectores dominantes dentro de sus partidos.

Un detalle merece ser reafirmado finalmente: la viabilidad del nacional desarrollismo se asienta económicamente en la posibilidad de radicar en el territorio a parte sustantiva del excedente que se genera, para ello se requiere una dominación política que permita dicha apropiación e impida su sustracción hacia las metrópolis. La tendencia histórica pareciera indicar que esa fórmula sólo se materializace por la vía de una mayor ingerencia estatal en la economía y que asuma mayores contenidos democráticos en la medida en que la fuerza dirigente de este proceso logre generar un campo de resolución de conflictos institucionalizado, el orden social por tanto, se aspira a lograr sobre la base del predominio ideológico y a través de mecanismos que permitan la representación y resolución de las demandas emergentes.

El Proyecto Nacional Popular.

Una primera interrogante asalta de inmediato ante esta caracterización. ¿Por qué no hablar de socialismo?, o de la alternativa "popular" a secas? Tales interrogantes bien pueden retribuirse con otra: ¿es contradictorio un proyecto de transformación social con una dimensión nacional del mismo?, es más, podríamos agregar en esta serie de interrogantes. . . ¿se puede desarrollar exitosamente un proceso revolucionario que apunte a la modificación drástica del tipo estatal sin asumir las tareas nacionales?

Hay autores que se ubican en los extremos opuestos de las respuestas a estas interrogantes. Así, hablar de lo nacional popular pareciera para algunos reflejar la renuncia al carácter de clase de un proceso anticapitalista. Para otros el énfasis en lo nacional popular sería condición necesaria y sufi-

ciente para definir un proyecto de transformación social y en muchos casos quedan en un plano difuso las características estructurales que asumiría la nueva dominación estatal, donde la terminología de "democrática" no basta para indicar con precisión que sucede en el mundo de las relaciones sociales de producción.

Este es por cierto, un tema de vasto debate teórico, en estas modestas líneas nos proponemos objetivos más reducidos. Buscamos desentrañar más bien cual es la especificidad que en la actual fase del proceso revolucionario latinoamericano, puede asumir un proyecto de transformación.

Partimos en nuestra reflexión de la constatación histórica de que a comienzos del decenio de los 70, el movimiento revolucionario latinoamericano (entendiendo por revolucionario a aquellas fuerzas que se proponen alterar la naturaleza de clase de la dominación estatal) sufre una derrota de proporciones estratégicas en la mayoría de los países de la región, cuando no, la ha sufrido en la década precedente como resultado del aplastamiento de la insurrección guerrillera siendo Venezuela el caso más explícito de estos últimos.

El decenio que acaba de terminar es entonces un decenio que desde el punto de vista de las luchas populares estará marcado por una profunda revisión de las principales concepciones que se esgrimieron para transformar a la sociedad. El foquismo, tanto urbano como rural, ha sido ampliamente derrotado. El camino de la profundización democrática ha evidenciado en el caso chileno sus limitaciones. El nacionalismo militarista se debate en retirada de sus connotaciones populares, y así por ejemplo, de Velasco A. Morales Bermúdez encontraremos toda una tendencia que grafica una capitulación frente a las fuerzas del capitalismo y el imperialismo.

¿Cuál es el camino entonces por donde se puede reempezar el camino de la recuperación de las fuerzas populares? Los debates son muchos y las proposiciones muchas más. Podríamos hacer un intento de relación de las principales tesis teóricas sostenidas por la izquierda latinoamericana en este periodo, tesis que aspiran a dotar al movimiento popular de un bagaje teórico explicativo del reflujo y que entregue orientaciones de cómo remontarlo. Sin embargo rehuimos esa tentativa, no con afanes descalificatorios de la teoría sino porque pensamos que corresponde a un intento más profundo de análisis e investigación.

Los latinoamericanos, al igual que todos los pueblos, tenemos además otra vertiente orientadora, ella no es otra que el examen de la historia de estos años, la "Vida" misma como más de alguna vez dijo Lenin. Los ojos pueden ser muchos pero los hechos, los tenaces hechos, sólo uno y transcurren de una determinada manera a contrapelo de muchas teorizaciones, es decir, la vida suele ser muy heterodoxa.

Entonces, ¿qué nos muestra la historia de las luchas populares en la década que ha terminado?

Aplicando la terminología propuesta tendremos que en aquellos países donde se ha impuesto el proyecto transnacional, las fuerzas populares se han sumido en un profundo reflujo. Pero no se trata de cualquier reflujo, al golpe recibido las fuerzas populares deben añadir una alteración del escenario de lucha, se trata de la transformación sustantiva del Estado y de la economía, que en muchos casos se ha expresado en una verdadera invasión que la sociedad política realiza hacia la sociedad civil, al eliminar el Estado autoritario toda la dimensión democrática en dichos países e intentar dirigir verticalmente toda relación entre el individuo y el

Estado. Es en el Cono Sur donde con mayor fuerza se percibe este proceso y por lo mismo veremos que allí se da con mayor fuerza una profunda revalorización de la democracia de parte de la izquierda y la incorporación del tema democracia-socialismo al debate revolucionario.

Este debate ha llevado a un replanteo, en el sentido de una más acabada precisión, del objetivo socialista, en particular de sus rasgos superestructurales. La política es redescubierta en su dimensión de consenso además de sus componentes de fuerza. Los partidos, concebidos más como organizadores de propuestas que como vanguardias esclarecidas. La democracia, como autodeterminación de las masas y no bajo el exclusivo calificativo de "burguesa". La lucha ideológica recobra nuevas perspectivas e inclusive el poder, el Poder así con mayúsculas, deja de ser visto exclusivamente en su versión instrumental estatalista para ser orientado hacia una concepción de socialización de la política, de recuperación de soberanía, en la cual, las diferentes organizaciones de la sociedad civil que dificultosamente se van abriendo paso a través de los ukases dictatoriales, ya no son vistas como antaño, en el estado de compromiso, como formas de representación de intereses, sino que además como objetivos en sí mismos, puesto que recuperan para el individuo parte de la soberanía alienada por la separación de los productores de sus productos.

Este repensar de la política, el poder, la democracia y los demás tópicos significativos de su quehacer ha llevado a las fuerzas socialistas a un replanteo de su objetivo final y a mirar con nuevos ojos tanto la realidad como la producción teórica del marxismo. Así, la adhesión, irrestricta en el pasado a la comunidad socialista, hoy asume posturas que incluyen la crítica aunque preservan los

rasgos fundamentales de identidad. La obra de Gramsci se revela particularmente útil para aquellos países cuya conformación se asemeja más al Occidente del que hablara metafóricamente el sardo. La reflexión desarrollada en estos años por la izquierda chilena es ilustrativa de todos estos fenómenos aludidos. En estos países, la recuperación de la izquierda va muy pareja con la recuperación democrática del país en su conjunto lo cual coloca en un nuevo plano la relación entre las fuerzas del socialismo y las restantes fuerzas del arco democrático.

En aquellas realidades marcadas por la existencia de un régimen democrático el tema planteado a las fuerzas de izquierda es el del carácter de su participación en la lucha política institucionalizada y el de la organización de un movimiento de masas que sustente sus posiciones. En ambas dimensiones de la sociedad producto de los combates anteriores, las fuerzas del socialismo habían quedado sin participación significativa. En muchos países llevó largos años a la izquierda, —pasada su derrota guerrillera, o su colapso ante el populismo— encontrar un camino viable para su desarrollo, entre tanto, la dirección del movimiento de masas adoptó direcciones que no necesariamente se correspondían con sus intereses estratégicos.

En estas realidades donde el conflicto está institucionalizado en lo fundamental, los afanes transformadores deberán adaptar su proyecto a una perspectiva de largo aliento en la cual la combinación de la lucha de masas, ideológica, unido al copamiento de las instituciones de la sociedad civil pareciera ser la dirección más realista que puede adoptar en los próximos plazos.

Muy distinto es el caso de aquellos países donde el autoritarismo ha eliminado toda posibilidad de negociar el conflicto, allí la recuperación demo-

crática puede asumir características de una verdadera ruptura, lo cual no garantiza necesariamente que la dirección de esa ruptura sea revolucionaria, ello es una dimensión para nada asegurada de antemano y sólo resoluble en el complejo cuadro de fuerzas internas de cada país.

La historia reciente, la vida reciente, entrega una gigantesca lección de donde se pueden recoger muchas enseñanzas. La revolución sandinista debe ser motivo de más amplios análisis que impidan lecturas parciales de la insurrección antisomocista. A nuestro juicio, hay aspectos sustantivos que no pueden dejar de mencionarse:

a) *Los aspectos militares de la revolución.* En sí, es un vasto tema pero a gruesas pinceladas podemos reflexionar que allí se comprobó una vez más que sólo cuando el FSLN pasó a la guerra regular (con la constitución del frente sur en torno a la ciudad de Rivas y en la frontera costarricense), se crearon condiciones suficientes para poner en jaque al aparato armado del Estado. Ahora, en qué condiciones el FSLN pudo transitar de las acciones directas y de comando, a un enfrentamiento regular, cómo en definitiva, construyó su fuerza regular, es un tema de por sí amplísimo. Lo que aquí se quiere destacar es que no es necesariamente el carácter armado del FSLN el nudo gordiano de toda explicación. Conocemos de variadas organizaciones que han ensayado esta forma de lucha en el continente obteniendo resultados más que negativos, las propias primeras páginas de la historia del sandinismo podrían servir de ejemplo también. Es preciso entonces indagar el porqué en determinado momento de la lucha antisomocista fueron los sandinistas y no otros los que pudieron recoger la aspiración nacional de rebelión y porqué y cómo

lograron pasar de la lucha irregular a un enfrentamiento regular.

En esta misma línea cabe recordar que a lo largo de la guerra revolucionaria nicaragüense la Guardia Nacional no sufre ninguna derrota sustantiva que quiebre lo fundamental de su dispositivo, más bien podemos hallar un prolongado empate en torno a la ciudad de Rivas en el frente sur donde las fuerzas de Pastora logran anclar a lo medular de las fuerzas de la Guardia (la Escuela Básica de Infantería, las tropas selectas del somocismo). Las insurrecciones en las restantes localidades sufren altos y bajos. Como ya lo señaláramos más atrás, la Guardia Nacional se desmoronará como resultado, no tanto de una batalla final sino más bien del hecho de quedar sin mando al huir Somoza y luego Urcuyo. Todo esto dicho sin ningún propósito de desmerecer los éxitos militares de los sandinistas sino con el exclusivo objeto de no magnificar los aspectos armados de su proceso revolucionario.

b) *Los aspectos políticos de la insurrección.* Es innegable que los sandinistas logran erigirse en el periodo final de la dictadura como la única fuerza capaz de enfrentarse con éxito a ella. La amplitud de su propuesta unida a su resuelta vocación de poder les permite presentarse ante el conjunto de la sociedad nicaragüense como la alternativa viable frente al somocismo. El consenso antisomocista que se termina de construir con ocasión del asesinato de Chamorro, encontrará en el FSLN su vehículo principal. Somoza, en la fase final de su mandato, ha sido derrotado políticamente antes de sufrir su derrota militar.

c) *Los aspectos ideológicos* La presentación de los sandinistas de la continuidad de lo mejor de la tradición histórica nicaragüense, encarnada en la persona de Sandino constituye sin lugar a dudas un

elemento central que nos lleva a reflexionar nuevamente sobre las necesarias dimensiones nacionales que debe asumir un proceso transformador en las condiciones de la América Latina de hoy. Lección ya deducible del quehacer de la generación del centenario cubano, que se presentó en el Moncada como la continuadora del ideal martiano de independencia nacional. Pero lección que dialécticamente ha demostrado que esta dimensión de lo nacional no está necesariamente asegurada de antemano que es preciso disputar y asumir plena y consecuentemente.

Nicaragua, lección de imaginación y voluntad, de realismo y de coraje, su lectura adecuada permitirá combatir los estereotipos idealizantes. A quienes ven en la sola utilización de la forma de lucha armada el elemento central de la transformación social, les enseñará en qué condiciones es posible y qué modalidades debe asumir. A los que piensan que la profundización de la democracia y la construcción del más amplio consenso es la clave, les recuerda que las contradicciones sociales llegan con su desarrollo a un momento en que la lucha por la hegemonía coloca inevitablemente los factores de fuerza en el primer plano. Construir dichos elementos de fuerza entonces es una tarea indispensable aunque su forma pueda asumir diversas modalidades.

Las características de la revolución sandinista es la mejor encarnación contemporánea de lo que llamamos el proyecto Nacional Popular. Nicaragua libre no es una sociedad socialista, pero dicho objetivo es el norte para gran parte de la dirección revolucionaria.

Desde el punto de vista de la base económica de la propuesta nacional popular encontraremos que su rasgo principal será la búsqueda, en la satis-

facción de las necesidades básicas de la población, del eje fundamental de la estrategia de desarrollo a adoptar. Tarea necesaria hoy en día es desentrañar qué formas concretas según las condiciones de cada país puede revestir esta perspectiva.

La propuesta de una alternativa de estas condiciones aún no alcanza dimensiones suficientes en muchos países de la región. Sin embargo, la mayoría de sus elementos constitutivos ya se prefiguran, el retraso persiste particularmente en el plano de la actividad partidista y pareciera que el punto de partida de la recuperación estuviese dado por el reconocimiento franco y humilde de la magnitud de las derrotas sufridas y por el examen autocrítico de los errores cometidos. Cuando una fuerza política ha colocado en el centro de su quehacer el análisis autocrítico y depuesto sus actitudes de sectarismo y dogmatismo, ha sentado las bases para retomar su desarrollo. La lectura adecuada de las experiencias de otros pueblos, como es el caso de Nicaragua para los latinoamericanos, contribuye también en forma significativa a estos afanes.

Notas finales

Los proyectos que hemos intentado delinear, tal como lo señaláramos en los inicios de este trabajo, no son realidades estáticas, ni químicamente puras. Su articulación, sus interrelaciones y sus condicionantes recíprocas son variadas, y, nuevamente, medibles y observables sólo en cada situación nacional. En dichos análisis comprobaremos que estos proyectos presentan fronteras comunes y se disputan espacios de influencia, cuando no, se trata de zonas de convergencia.

Así, el Proyecto Transnacional comparte con el nacionalismo desarrollista una común base de

relaciones sociales de producción, por lo general, en el caso del último, no hay un cuestionamiento significativo a la naturaleza de clase de la dominación. Quizás ello constituya un indicio para una hipótesis explicativa del porqué recurre frecuentemente al uso de apelaciones nacionalistas, en el sentido de integradora de contradicciones sociales internas, como una de sus principales armas ideológicas, (es el caso del énfasis de la contradicción nación/ imperialismo subvalorando las propias contradicciones de clase internas).

El nacionalismo desarrollista tiene fronteras comunes con el proyecto nacional popular, su preocupación por la suerte de la mayoría de la población, su voluntad democrática, el mercado interior como uno de sus nortes económicos. Hay, como lo señaláramos al referirnos a sus fuerzas políticas, partidos, que sirven de puente entre estas dos zonas: el MAS, o el caso de los radicales chilenos.

En este cuadro, tendremos que la potencia de la region, USA, presenta profundas contraindicaciones para aceptar la instalación de un proyecto nacional popular, aun cuando lo lidereen dirigentes no marxistas como es el caso de Ungo en el FDR. La presencia de Reagan en la Casa Blanca hace pre-

sumible que esta línea tienda a endurecerse más aún.

Si se nos pidiera ejemplificar nuestras proposiciones con realidades nacionales diríamos que el proyecto transnacional encuentra en el actual régimen chileno a su más acabada expresión, México por su parte es aquel país donde visualizamos un mayor grado de realización del nacionalismo desarrollista, y, ya lo hemos dicho, la revolución sandinista nos habla de lo nacional popular en el continente.

La política no puede ser algo frío, mero cálculo de fuerzas y evaluación de condiciones. Si nos ubicamos en una disposición de transformación social, indudablemente que entonces la política tiene que poseer una dimensión de voluntad y de imaginación. Recoger aquellos desafíos y disputar aquellos ámbitos que permitan confluir y hacer converger en una sola propuesta al mayor número de aspiraciones de las fuerzas subalternas de la sociedad es una tarea indispensable; añadir a ellas las cuotas de vocación de poder colectivo y sumar las necesarias tareas de construcción de fuerza material que respalden los avances en la lucha social e ideológica son otras líneas indispensables de trabajo e investigación. ☞